

En la geografía mágica de La Habana, en la que se entremezclan palacetes, residencias de corte norteamericano, solares, iglesias y conventos coloniales, encontramos todavía algunos vestigios de antiguas instituciones científicas cubanas. Entre éstas cabe destacar la sede de la Sociedad Económica del Amigos del País, hoy ocupada por el Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias, y la de la antigua Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales, situada en la calle Cuba casi esquina con la calle Amargura, creada en 1861 tras múltiples intentos de un memorable personaje como Nicolás José Gutiérrez desde 1826.

En el impresionante edificio de esta Academia, que esconde una fachada relativamente modesta, conocí hace años al autor del libro que ahora presento al público, Reinaldo Funes Monzote, entonces casi un aprendiz de brujo en la aventura de esta profesión de historiador, integrado en un magnífico equipo de historiadores de la ciencia entre los que han destacado especialmente Armando García —hoy en España—, Pedro Pruna, Mercedes Valero, Rosa M<sup>a</sup> González, Rolando Misas, Leida Fernández, etc., cuyos trabajos son bien conocidos en nuestro país por los especialistas en historia de la ciencia y que aún se esfuerzan por incluir en las historias nacionales de carácter general sus investigaciones.

En el estudio del Dr. Funes sobre el despertar del asociacionismo científico en Cuba, es precisamente la Academia de Cien-

cias habanera el pilar sobre el que descansa el posterior análisis de las múltiples asociaciones científicas, especialmente médicas, que fueron apareciendo en la Isla, tras la temprana aparición de la ya citada Sociedad Económica y algunos Liceos. Es interesante ver cómo el trabajo de Reinaldo Funes adopta la idea, desarrollada por Pedro M. Pruna en sus investigaciones sobre la Academia de Ciencias, de la existencia de una ciencia cubana con una dinámica propia en un contexto colonial, lo que daría a la ciencia un valor añadido como factor ideológico en la creación de la conciencia nacional cubana, una hipótesis digna de una mayor profundización para la historiografía cubana, siempre con la recomendación de un estudio paralelo de lo que estaba sucediendo en la Metrópoli. Si esto no se considera pueden darse afirmaciones como la de una opresión metropolitana en la falta de creación de una Academia de Ciencias en La Habana en 1826, cuando en la propia Península no se logra la creación de una Academia de Ciencias —solicitada a lo largo del siglo XVIII— hasta 1834, tras la desaparición de Fernando VII y la llegada al poder de los liberales moderados. En otro sentido más favorable, la historiografía cubana señala el fin de la Guerra de los Diez Años como un período de tranquilidad que permitió la creación de sociedades científicas e instituciones más oficiales, pero es necesaria una reflexión comparada con la España peninsular donde se produce un fenómeno similar tras la Revolución de Septiembre de 1868 y la llegada de la Restauración. Funes, con mucha inteligencia indica además otros factores como la propia evolución de la ciencia en el escenario internacional y la de las diversas disciplinas.

Asimismo hay que tener cuidado con el intento de mantener una cierta continuidad en el campo ideológico para que el pasado resulte más presentable visto desde la perspectiva actual, ya que al afirmar el nacionalismo, por ejemplo, de los miembros de la Academia de Ciencias Médicas se oculta que algunos de ellos eran autonomistas o que incluso había peninsulares,

aunque con un anclaje muy habanero, como sería el caso de Emilio Auber, lo cual no invalida la posición final favorable a la independencia por parte de la Academia, pero sí matiza el proceso y da mayor riqueza al análisis histórico sin generalizaciones abusivas.

La perspectiva de esta investigación que nos presenta Reinaldo Funes es claramente institucional, un enfoque metodológico con bastantes antecedentes en la historiografía cubana de la ciencia, aunque es cierto que Funes intenta que la contextualización histórica sea más evidente y que la historia social esté más presente en su análisis. En este sentido me siento orgulloso de que mi papel de «Pepito Grillo» en alguna de mis reflexiones sobre la historia de la ciencia cubana haya tenido algún seguidor. En la publicación que realizó en 1995 la revista checa *Iberoamericana Pragensia*, editada por la Universidad Carolina de Praga, uno de los temas tratados en el monográfico dedicado al estudio de los problemas de la historia de Cuba, fue precisamente el de la historia de la ciencia, que me tocó abordar personalmente. Allí indiqué —como Funes recuerda— la necesidad de un estudio multifocal en el análisis de la historia científica de los llamados países periféricos, es decir, de aquéllos que no eran los creadores/emisores de la conocida como gran ciencia, por ejemplo España o Cuba. Sigo pensando que esta perspectiva es la más útil, sobre todo con la inclusión clara de la historia social, a pesar de la irrupción de nuevas perspectivas postmodernas que sin duda añaden algunos puntos de vista de interés, aunque no invalidan otros ya existentes en los que se combinan bastante bien el análisis de la evolución interna de las diferentes disciplinas científicas, o del conjunto de la ciencia, con el estudio de los elementos sociales, económicos, psicológicos, etc., que muchas veces la determinan.

En este sentido, el estudio de Funes en este libro intenta un análisis sociológico de las instituciones científicas cubanas, que cuenta con precedentes de interés como los trabajos de otros es-

pecialistas cubanos ya citados, entre los que destaca Mercedes Valero con su *Catálogo de Instituciones Científicas del siglo XIX*, además de Rivero de la Calle y Armando García para el caso de la antropología o Gregorio Delgado para la medicina, apartándose del estudio aislado de las grandes figuras y también del centralismo habanero que preside la mayoría de las investigaciones históricas sobre Cuba, algo que progresivamente se intenta remediar con estudios de carácter más regional o local y que sin duda es necesario para evitar la extensión de lo que sucede en La Habana a toda la Isla.

Es también muy interesante en este estudio la presentación de las sociedades científicas cubanas como altamente «medicalizadas», un fenómeno que también merece toda la atención desde el punto de vista de la sociología de la ciencia y que bien podría dar algunas claves explicativas de la importancia posterior de la medicina en Cuba, aunque también es verdad —como ya han señalado autores como López Piñero, José Luis Peset, u Horacio Capel— que en el período del nacimiento del asociacionismo científico en la segunda mitad del siglo XIX no es raro que sean los médicos los protagonistas más destacados en la fundación de este tipo de instituciones de carácter privado que perseguían un fin común, como el logro de resultados científicos en torno a alguna disciplina o la defensa de sus intereses profesionales, un factor de especial importancia entre los profesionales sanitarios, tanto médicos como farmacéuticos. El autor también destaca con mucha razón que la medicalización no invade solo el mundo de la asociaciones científicas, y da a conocer la importancia de la medicina en Cuba desde la época colonial al compararla con otros países, algo que solo conocíamos parcialmente gracias a algunos relevantes trabajos de Jorge Le Roy y Cassá.

Además, Funes comenta la fundación de un Laboratorio similar al de Pasteur para el control microbiológico de las enfermedades, una iniciativa privada patrocinada desde la dirección

de la revista *Crónica Médico-Quirúrgica de la Habana*, así como otras manifestaciones de ese «espíritu de asociación» como la propia aparición de la prensa científica y médica especializada —desde la aparición en París de algunas de las primeras revistas médicas cubanas como *El Eco de París*— o la celebración de congresos como por ejemplo el I Congreso Médico de la Isla en 1890. Además es digna de atención la segunda parte dedicada a los inicios del siglo XX para observar la importancia de la ciencia en los primeros momentos de la República, sobre todo por los éxitos de carácter médico-sanitario o la creación de sociedades como la Geográfica, así como el análisis de las continuidades o discontinuidades con la época colonial. También destaca Funes en su obra la independencia del Estado de la mayoría de estas nuevas asociaciones científicas, aunque a veces hayan tenido cierto impulso o financiación parcial por parte de algún organismo estatal, un fenómeno de carácter más general y que abre nuevas vías de institucionalización en el período positivista de carácter más democrático, tras la aparente preponderancia de los modelos establecidos en Francia e Inglaterra por la Académie des Sciences o la Royal Society.

Miguel Ángel Puig-Samper  
Instituto de Historia. CSIC